CINCO DÉCADAS EN LA FORMACIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO VENEZOLANO

Discurso de Orden pronunciado por el doctor Pedro A. Palma Carrillo en la sesión extraordinaria de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, con motivo de la celebración del 50° aniversario de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes, en Mérida, 9 de octubre de 2008.

Momentos de júbilo nos reúnen en este magno recinto para celebrar un acontecimiento feliz y trascendental sucedido hace 50 años en esta ilustre Universidad de Los Andes. Se trata de la creación de la Escuela de Economía y del Instituto de Investigaciones Económicas por decisión del Consejo Académico de esta insigne casa de estudios. Basándose en el informe emitido por cuatro pilares del conocimiento económico del país, los apreciados profesores Domingo Felipe Maza Zavala, Hernán Avendaño Monzón y los muy estimados y recordados

Ernesto Peltzer y Armando Alarcón Fernández, no dudó el Consejo Académico poner en marcha esta plausible iniciativa que daba inicio a los estudios económicos en la provincia del país, precisamente veinte años después de crearse la Escuela de Economía de la Universidad Central de Venezuela, donde se formaron varios de los profesores que impartieron las primeras enseñanzas en la naciente Escuela, o comenzaron las primeras pesquisas en el recién creado Instituto de Investigaciones.

No en vano han transcurridos estas cinco décadas. De aquella semilla originaria nació y se desarrolló la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES) hoy compuesta, en adición a la Escuela de Economía, por las Escuelas de Administración, Contaduría Pública y Estadística, donde además de los estudios de pregrado se han desarrollado programas de postgrado y centros de investigación de primera línea. En sus aulas se han formado destacados profesionales que han hecho relevantes aportes al análisis económico de nuestra realidad nacional y regional y han desarrollado importantes trabajos publicados en forma de libros o de artículos incluidos en prestigiosas publicaciones profesionales del país y del extranjero.

No podía pasar desapercibida tan importante efemérides, razón por la cual la Academia Nacional de Ciencias Económicas decidió participar activamente en este jubileo con la realización de esta sesión extraordinaria y solemne y con nuestra presencia en este acto conmemorativo. Ello hizo que con el exclusivo propósito de compartir con ustedes esta merecida celebración, el Presidente de nuestra institución académica, doctor Asdrúbal Baptista, y mi persona nos trasladáramos hasta esta bella ciudad de Mérida que hoy celebra 450 años de su fundación.

En esta importante fecha es justo reconocer a un conjunto de personas que desempeñaron un papel relevante en la creación y ulterior desarrollo de la Escuela de Economía y del Instituto de Investigaciones, así como de las instituciones derivadas de éstas. El primero de ellos es el recordado doctor Pedro Rincón Gutiérrez, quien para entonces actuaba como rector de esta bicentenaria universidad. Hombre infatigable, de férrea voluntad, pero a la vez de reconocida calidad humana, que condujo con dignidad y acierto los destinos de esta universidad por más de dos décadas. Quizá quien mejor ha sintetizado las cualidades de este ilustre venezolano fue el doctor Hernán López Áñez, quien lo describió como "Rector del amor, de la bondad, de la lucha por una universidad democrática y popular.

Apóstol y miliciano. Anacoreta y soldado. Siempre al frente, nunca en la retaguardia. Capitán y marinero. Amante de la justicia social, de la belleza y de la ética".

Si bien no tuve la suerte de trabajar de cerca con el doctor Rincón Gutiérrez, sí tuve la oportunidad de compartir con él una experiencia que, aun cuando fugaz, fue intensa y fructífera. Me refiero a nuestra participación en el Consejo Consultivo de la Presidencia de la República, convocado por el presidente Carlos Andrés Pérez a raíz de la intentona de golpe de estado de febrero de 1992. En esa ocasión tuve la oportunidad de trabajar intensamente con el doctor Rincón Gutiérrez, formándome de él la más alta opinión, no sólo por sus extraordinarias cualidades intelectuales sino también por su gran calidad humana. Justo es pues recordar a este ilustre venezolano, merideño de corazón y por adopción, para reconocerle una vez más su extraordinaria contribución a la creación y al desarrollo de las instituciones que hoy celebran su quincuagésimo aniversario.

También es de obligatoria mención Manuel Pocaterra Jiménez, quien en su condición de primer Decano sentó las bases sobre las que aún hoy descansa la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de esta casa de estudios. Hombre de ideas claras y con objetivos bien definidos, supo estructurar las estrategias para alcanzarlos, habiendo sabido iniciar el camino que llevó tiempo más tarde a la exitosa y reconocida consolidación de la institución. Justo reconocimiento merece Heberto Urdaneta, hombre emprendedor, bajo cuyo liderazgo y durante su decanato se crearon y consolidaron varias de las escuelas e institutos de de investigación que hoy conforman la FACES. Bien puede decirse que Urdaneta fue el arquitecto y constructor de lo que hoy es dicha facultad.

De mención obligada es Miguel Rodríguez Villenave, decano que contribuyó decididamente a estructurar los currícula, a dotar a la facultad de los equipos de investigación necesarios, a mejorar los programas de formación profesional, a desarrollar la infraestructura física donde hoy funcionan los distintos componentes de la Facultad y a consolidar los esfuerzos de investigación de las diferentes escuelas y centros de estudio.

Crédito también merecen los decanos que siguieron, entre los que, sin ánimo de ser exhaustivo, vienen a mi memoria Juan Ignacio Soloaga, Darío Sánchez, Manuel Mendoza Angulo, Jacobo Latuff, Hernán López Áñez, Henry Vargas Contreras, Manuel Aranguren, Laura Toro, Raúl Huizzi y tantos otros que a lo largo de estas cinco

décadas han hecho importantes y desinteresados aportes al desarrollo de esta facultad, pudiendo sentirse orgullosos todos ellos de los logros obtenidos.

Es también menester mencionar a algunos profesores que han tenido destacada actuación a lo largo de este medio siglo, algunos de ellos ya desaparecidos pero que aún viven en la memoria y en los corazones de muchos de sus colegas y discípulos, como es el caso de Juan Luis Mora, de Juan José Carvallo y del doctor Leocadio Hontoria quien, al igual que muchos de mis maestros en la Universidad Católica Andrés Bello, vino de España donde se formó bajo la guía de varios profesores legendarios de la Madre Patria. Al igual que Hontoria, también vinieron de España Juan Manuel Vidal Rodas, Carlos Marich, Enrique Llagunes, y Jaime Tinto quienes hicieron invalorables aportes a la facultad. Justo también es mencionar al profesor Carlos Chuecos Polloli, quien junto a Juan Luis Mora, Juan José Carvallo, Arévalo José Patiño y otros desarrollaron la Escuela de Empresas. También es de obligada mención José Mendoza Angulo, ex rector de la Universidad de Mérida y excelente analista de nuestra realidad nacional, quien con brillante prosa y claridad meridiana nos presenta sus acuciosos y profundos análisis.

Una de las áreas en la que la Universidad de los Andes fue pionera es la de los estudios estadísticos y cuantitativos. En efecto, durante el decanato de Heberto Urdaneta se fundó en los años 60 el Instituto de Estadística Aplicada y Computación, siendo Cesar Briceño su primer director y fundador. Una pléyade de profesionales de primer nivel contribuyó al desarrollo de este Instituto, destacando entre ellos Jaime Tinto, precursor en el país de las enseñanzas de métodos cuantitativos y econometría, Benito Pérez Canales, Francisco Belandria y Carlos Domingo, este último pilar fundamental del Instituto.

Sin ánimo de excluir la mención de tantos otros profesores que han sido baluartes e insignes contribuyentes a esta extraordinaria obra que tuvo su origen hace 50 años, y a los que les pido excusas por no nombrarlos, deseo referirme a tres profesores de esta facultad a los que me unen lazos de amistad personal desde hace muchos años, y que han hecho aportes importantes a este centro del saber. Uno de ellos es Rafael Solórzano, quién por varios años estuvo asociado a MetroEconómica, la firma de consultoría económica que fundáramos con Luisa Cristina Rodríguez durante la década de los 70 y que ha prestado sus servicios en forma ininterrumpida desde hace más de 31 años. Otro es John William Páez, con quien coincidí

a mediados de los años 70 en la Universidad de Pennsylvania cuando estaba yo culminando mi tesis doctoral y cursaba él sus estudios de doctorado.

Finalmente quiero referirme de modo muy especial a mi colega y entrañable amigo Asdrúbal Baptista, académico cabal, estudioso de nuestra realidad económica, y cuyos estudios sobre la condición rentista de la economía venezolana tienen hoy más vigencia que nunca. No sólo he compartido con Asdrúbal la enseñanza de la macroeconomía y de la realidad económica de Venezuela en las aulas del IESA, sino que desde 1984 hemos participado en las múltiples experiencias y vivencias de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, de la que somos Individuos de Número Fundadores y hoy dirigimos, él como Presidente y yo como Secretario. Huelga decir el papel protagónico que ha tenido Asdrúbal en esta Facultad, en la que se formó como economista y a la que luego se ha entregado en forma incondicional y abnegada. No podía faltar su presencia en este acto lleno de emotividad.

También es necesario reconocer el papel fundamental que han tenido los estudiantes que a lo largo de los años han pasado por estas aulas. Son ellos la razón principal de la existencia de instituciones como ésta, cuyo objetivo fundamental no es otro que la formación de del recurso humano que necesita nuestra sociedad. Sin ellos no habría sido posible la construcción de esta magna obra que hoy celebramos. Igualmente, es justo dar crédito al papel que ha jugado el personal administrativo y de soporte en el desarrollo de FACES, pues su presencia, perseverancia y decidido apoyo ha posibilitado los logros académicos de esta institución.

Señor Rector, Señor Decano de FACES, estimados colegas y demás personalidades aquí presentes: Infortunada hora vive hoy la economía mundial, pues lo que inicialmente se percibía como un serio pero aislado problema del sector financiero norteamericano, creado por la laxitud y ligereza con que se otorgaron en forma masiva créditos hipotecarios a una gran diversidad de personas con severas limitaciones financieras, se transformó en un problema de dimensiones mucho mayores que las inicialmente avizoradas, viéndose afectadas instituciones financieras del mundo entero, tradicionalmente consideradas como poseedoras de una solidez y solvencia a toda prueba. La venta de aquellas acreencias hipotecarias a diversas organizaciones internacionales, que a su vez utilizaron esos activos como base de una serie de títulos derivados

que emitían y eran vendidos universalmente, hizo que la crisis se transformara en global afectando al sistema financiero del mundo industrializado. Al subir las tasas de interés en los Estados Unidos, una enorme cantidad de aquellas personas que habían recibido los créditos para obtener sus viviendas no pudieron seguir honrando sus compromisos, elevándose notablemente la morosidad de la banca y bajando el valor de aquellos activos que sirvieron de base para emitir los títulos derivados. Todo ello, claro está, generó grandes pérdidas a las instituciones financieras, no pudiendo sobrevivir varias de las más importantes.

Tal fue la dimensión del problema que el gobierno norteamericano se vio en la obligación de solicitar al Congreso de los EEUU la aprobación de un paquete de salvamento de US$ 700.000 millones con la finalidad de adquirir los créditos malos en poder de la banca para así sanear a esas instituciones y evitar su quiebra. Igualmente, se han hecho esfuerzos conjuntos con el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra y otras organizaciones y gobiernos con el fin de levantar fondos que se utilicen con el mismo propósito en Europa. Con ello se busca evitar el colapso de buena parte del sistema financiero mundial, lo cual sería catastrófico, condenando a cientos de millones de personas a sufrir penurias de consideración y a permitir que la economía globalizada entre en una profunda depresión, similar a la vivida en los años 30, aun cuando de dimensiones mucho mayores.

Sin embargo, no debemos llevarnos a engaño. De ser exitosa la gestión de los gobiernos para evitar un colapso financiero y con él una depresión profunda, la economía mundial sufrirá una desaceleración de importancia o una recesión de cierta consideración. La incertidumbre acerca de la salud económica de las empresas, no sólo de las financieras sino también de las del sector real, ha creado un clima de desconfianza general, contribuyendo esto a una restricción profunda del crédito, pues nadie sabe cuán sólida es la situación de las empresas que buscan financiamiento. Ello ha limitado la capacidad de endeudamiento de las firmas para financiar sus operaciones regulares, como compra de insumos, pago de la nómina... y ha llevado a los bancos a restringir severamente sus operaciones de crédito. En otras palabras, se ha creado un ambiente de desasosiego y desconfianza en el mundo entero, agravando la crisis de forma considerable. Las cuantiosas pérdidas patrimoniales de millones de seres humanos y de instituciones debido a la caída generalizada de los

precios de los inmuebles y de los títulos en los mercados de valores del mundo entero, restringirá el consumo y la inversión, limitando, o incluso eliminando, las posibilidades de crecimiento económico. Ello, además de generar situaciones adversas al sector laboral, se traducirá en presiones a la baja de los precios internacionales de una serie de productos básicos, el petróleo entre ellos, restringiendo las exportaciones de países emergentes como Venezuela.

En el caso de nuestro país, al igual que tantas veces en el pasado, el período de precios crecientes del petróleo que se vivió desde el año 2004 llevó al gobierno a implantar una política fiscal procíclica, es decir, de franco y sostenido aumento del gasto público, inyectándose por esa vía los recursos adicionales de las exportaciones de hidrocarburos, lo cual se tradujo en crecimientos muy acentuados de la oferta monetaria que, a su vez, estimularon la demanda, y particularmente el consumo privado, máxime cuando la abundancia de fondos prestables redujo las tasas de interés hasta el punto de ubicarlas en niveles reales negativos. Si bien el aparato productivo local reaccionó, generándose en forma reiterada tasas de crecimiento muy elevadas del PIB, el crecimiento de la oferta interna se rezagó al de la demanda, siendo cada vez más necesario acudir a las importaciones para complementar la insuficiente oferta interna.

Fue así que nuestras compras foráneas crecieron sostenidamente y a un ritmo muy acentuado, ayudando a ello la sobrevaluación creciente de nuestro signo monetario como producto del anclaje del tipo de cambio oficial dentro del régimen de control de cambios que vivimos desde febrero del año 2003. El poco dinamismo del tipo de cambio nominal, combinado con una inflación interna muy superior a la que padecen nuestros principales socios comerciales, abarató artificialmente la divisa, ya que lo que se podía adquirir en Venezuela con los bolívares que costaba un dólar preferencial era cada vez menos en comparación a lo que compraba ese dólar en el exterior, estimulándose de esta forma las compras externas. No obstante, ello parecía no importar, ya que las cuantiosas exportaciones petroleras generaban las divisas necesarias para realizar esas importaciones y para mucho más. De hecho, durante estos años de bonanza el saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos fue ampliamente superavitario, impidiendo que las reservas internacionales cayeran, a pesar de las cuantiosas y crecientes salidas de capitales privados, estimuladas por la creciente incertidumbre y el desasosiego producidos por la turbulencia política que se vive en el país.

La bonanza antes descrita, sin embargo, ha estado acompañada por una inflación creciente que ha minado el poder adquisitivo de los venezolanos, particularmente el de los más pobres. El desbocado consumo privado posibilitado por la acentuada expansión monetaria, los problemas de escasez creciente de productos básicos creados por los absurdos controles de precios que han condenado a productores y distribuidores a trabajar a pérdida, el acoso permanente a la actividad productiva privada, la ausencia de estímulos a la inversión, y las recientes acciones que buscaban sincerar los precios de una serie de productos alimenticios para así estimular la producción local y atacar el desabastecimiento, han sido algunas de las causas que explican la escalada de los precios, teniendo el país la infeliz suerte de ser el que mayor inflación padece en la América Latina, con el agravante de que, de acuerdo a las cifras oficiales publicadas por el Banco Central de Venezuela, el segmento de la población sobre el que recae la mayor presión alcista de los precios es el de menores ingresos.

Desde hace ya varios años se escucha el argumento de que mientras los precios del petróleo se mantengan elevados la bonanza económica continuará en Venezuela. Siempre he disentido de ese punto de vista, ya que estoy convencido de que la condición necesaria básica, mas no suficiente, para mantener a futuro las altas tasas de crecimiento económico de los últimos tiempos es que los precios internacionales de los hidrocarburos sigan experimentando altos y crecientes aumentos en los años por venir, pues sólo así se podría mantener la política de expansión de gasto público combinada con una abultada disposición de divisas para importar cada vez más bienes y servicios. Esto es lo que siempre me llevó al convencimiento de que al estabilizarse los precios, aun cuando en niveles elevados, o al materializarse una tendencia a la moderación de los mismos, las posibilidades de continuación de la bonanza se minimizarían, ya que se haría manifiesta la insostenibilidad de la política económica hasta ahora implantada. La abrupta corrección que han sufrido los precios petroleros durante estos últimos tres meses después de alcanzar un máximo el 11 de julio pasado, y las posibilidades de que esta tendencia continúe debido a la crisis internacional, me lleva a pensar que nos aproximamos hacia períodos más complejos.

Estimados colegas y amigos, tiempos difíciles se avecinan. Es en los momentos de adversidad cuando la participación activa de todos los miembros de la sociedad se hace indispensable, particularmente la de aquellos que por su formación y desarrollo profesional poseen

conocimientos más precisos de las características de las crisis, pudiendo orientar acerca de las formas de manejarlas, de las acciones que deben tomarse para mitigar sus efectos, y de los caminos que deben seguirse para salir de ellas. Afortunadamente, contamos en el país con centros del saber como éste, donde no sólo se forman a los profesionales del futuro, sino donde un grupo de científicos investiga y analiza las realidades de nuestro país y de su entorno internacional, dando como fruto estudios fundamentales que deben ser tomados en cuenta para la formulación e implementación de las políticas públicas. Si bien no es esa la norma, sino que, por el contrario, con frecuencia se nos tilda de alarmistas o fatalistas cuando alertamos sobre las consecuencias negativas que puede acarrear la aplicación de determinadas políticas, y sugerimos alternativas o correctivos que, a nuestro juicio, deben aplicarse, no debemos desfallecer o amilanarnos por las críticas o las descalificaciones. Como científicos debemos perseverar en el camino que consideramos correcto, siempre abiertos al debate y al intercambio de ideas, dispuestos a corregir cuando se amerite, pero también prestos a defender nuestras ideas y convicciones. Sólo así daremos el aporte que la sociedad espera y exige de nosotros.